



EL ALMENDARES,

PERIÓDICO LITERARIO, RELIGIOSO, PINTORESCO, MORAL, INSTRUCTIVO, DE MODAS Y ANEDÓCTICO.

TOMO III.

HABANA: ABRIL 15 DE 1853.

ENTREGA VII.

SECCION MORAL.

LA CONCIENCIA.



la voz enérgica que levanta en nosotros la conciencia.

Para el que ama la virtud y respeta la des-

gracia, es la conciencia amiga de sus días, dulce compañera de sus horas silenciosas. Reina el sosiego, las agitaciones del mundo alejan el sueño de nuestros párpados, su arrullo blando, consolador, divino, derrama en el corazón delicias inefables. Al tierno halago de un ángel misterioso, se apodera de nuestros párpados suave languidez, y en ella nos entregamos tranquilos y dichosos al descanso. Ese mágico sueño que nada altera, lo inspira la conciencia. Así corre también el cristalino arroyuelo: nada enturbia sus plateadas aguas, y el suave movimiento de las florecillas que el soplo de la brisa hace inclinar hacia ellas, mezcla con su frescura la suavidad de su fragancia.

¿Veis en noche serena el astro luminoso que, rodeado de infinitas estrellas, aumenta la hermosa magestad de su belleza? Ni una nube al-

tera ese cielo claro y despejado: reina en él la soberana de la noche, y ostenta el divino esplendor de la escelsa mano que la formara. Así es la conciencia del hombre justo: grave, serena, magestuosa también, halla en sus acciones aplausos mil que le enajenan: sus hechos son otras tantas estrellas que hermosean el cielo despejado y puro de su existencia.

Empero, las pasiones arrastran, el interés estravía, la ignorancia abisma, el crimen ahoga y mata esa voz, penetrante y poderosa en el hombre justo, débil, imperceptible en aquellos seres que dominan bastardos y sanguinarios instintos. Instigado por ellos, vacila el hombre en cuyo corazón no está arraigada la ley santa del deber, amargo fruto de una educación descuidada, de una juventud entregada toda á la disipación, al escándalo. Y esos primeros escrúpulos, que apenas se sienten, que apenas se escuchan, son fáciles estorbos que inmediatamente vence y destruye el cáncer devorador de las pasiones.

A la torpeza de sus halagos, á la participación de placeres que se creen eternos, de ventajosa posición social, que inalterable también se cree, déjase el hombre arrastrar, y dominado constantemente de su influjo, se sumerge en el cieno de la corrupción, se abisma en el crimen, y vienen los mas negros escesos á constituir el triste patrimonio de una vida detestable.... ¡Ay de aquellos que encuentre en su paso el soberbio mortal que en su orgullo y en su ignorancia, en su perversidad y en sus triunfos vea su creciente fortuna, sin pensar siquiera en el día de mañana! ¡Ay de aquellos que intenten detener el carro estrepitoso de sus triunfos!

Pronto, muy pronto, llegará ese mañana,

porque la vida es breve, la fortuna es instable y caprichosa, pasa veloz la juventud ardiente, y pasan también con ella los medios de satisfacer desordenados placeres. ¡Ay!.... Entonces.... entonces, presuntuoso mortal, tus mismos triunfos serán los crueles tormentos que constituyan tu horrendo martirio, porque no amparaste la inocencia, antes bien, la atropellaste; porque no fuiste fiel á la amistad, antes bien, la calumniaste; porque no respetaste la desgracia, antes bien, enconado y ciego la perseguiste; porque no enjugaste las lágrimas del desvalido, ni te dolieron las congojas de la horfandad, ni prestaste alivio á los que, atribulados, te lo pidieron en las turbulentas horas del infortunio... Creíste que serían eternos tus triunfos, eternas tus alegrías, eternas también esas maldades que colmaban tu alma de placer y henchían tus arcas de oro con que satisfacer la sed insaciable de tu codicia, ¡miserable! todo esto creíste, y cuando mas engolfado estabas en tus goces, un enemigo formidable, invencible, te cerca, te rodea, se apodera de tí, y son impotentes tus esfuerzos para deshacerte! de él.... ¿No lo ves?.... ¿No lo sientes? Trémulo! quieres huir y no puedes; frenético te lanzas al bullicio del mundo, y allí está también tu enemigo; te recoges, buscas en el silencio de tu hogar tranquilidad y sosiego, y mas encarnizado allí te devora. ¿Sabes, desventurado mortal, quién es ese monstruo que vivo te destroza y aniquila? Es la voz aterradora de la conciencia, es el remordimiento de tus crímenes, de tus escesos: entra en tí mismo, hombre desgraciado, levanta los ojos al cielo, llora, arrepíentete!!

M. P. Delgado.

EL POETA.

A mi estimado amigo Ramon Zambrana.

"Blanca flor que del tallo desprendida
"Arrastra por el suelo el huracán."
Zorrilla.

El hombre á quien el cielo darle quiso
De gloria y porvenir la santa idea,
Que, como Dios, en su entusiasmo crea
De en medio del infierno un paraíso;

Aquel que con su acento de improviso
Vuestras almas alegre y os recrea,
Ora cantando el rayo que serpea,
Ora la majestad del que lo hizo;

Ese ser cuya noble frente erguida
Circunda aureola de brillante gloria,
Con llanto escribe de su triste vida
Las páginas que guarda en la memoria,
Y flor, que adorna la avidez del suelo,
Lleva su esencia y su perfume al cielo.

I. de Estrada y Zenea.

¡INFELIZ!

Mientras de seres mil está cercado
En su rico palacio el opulento,
Y ofreciendo al placer dulce contento
En brazos del placer se halla entregado;

Mientras en medio del festín ansiado
Alegre juventud en movimiento,
Cede al grato compás del instrumento
Que convida á gozar alborozado;

Mientras tranquilo, en plácido beleño
Del mundo la otra parte está durmiendo,
Yo ¡infelice de mí!... velando el sueño

Lamento mi dolor y voy sufriendo....
Y gimo, y lloro, y en mi amarga suerte
Hasta me niega su favor la muerte.....!!

Felix J. Faura.

DEL AMOR A NUESTROS PADRES.



ESPUES de Dios no hay otro ser mas digno de nuestro amor y nuestra eterna solicitud que el autor de nuestros dias. ¡Feliz, mil veces aquel que en medio de los desatados torrentes de las pasiones, puede estrechar la mano benéfica de un padre, y enjugar con ella las lágrimas

del dolor! El amor paternal es el sentimiento mas puro que depositara Dios en el pecho del mortal, y el tierno cariño de un niño al que le dió el ser, es el primero virtuoso y santo que llena de delicias su corazon, y primer bien que debemos á la misericordia del Señor.

¿Quién es el impío que desconoce los preciosos deberes de hijo, y, por mas endurecido que esté su pecho, no sacrifica todo lo mas caro, hasta su misma vida, por conseguir la tranquilidad y el bienestar de su padre? ¿Qué cuadro mas poético y sublime puede ofrecerse á un artista que las primeras angelicales caricias de un hijo, y el beso santo que imprime en las pálidas mejillas de aquel que le dió la vida?

El respeto á nuestros padres no solo nos lo infunde el Criador, sinó la mas santa de todas las gratitudes: á él debemos los dias de nuestra existencia y todos nuestros goces; él embriaga nuestras almas con los suavísimos perfumes que emanan de la religion, de la moral y la filosofia: se desvela por nuestro porvenir, y todos sus afanes tienden á hacernos felices.

Cuando por mi memoria cruzan las imágenes del pasado, ¡con cuánto placer y regocijo se dilata mi corazon al recordar aquellos dias de mi infancia, plácidos y bellos, como tristes y amargos los que les han sucedido! Una madre tierna y pura como los ángeles, un padre cariñoso y bueno gozando en mis caricias, y de súbito precipitados en la tumba!... ¡Ay! bellísima edad!... pasáste con tus encantos, tus prismas y tus risas para renacer quizás en mi lecho de muerte. ¡Triste y dulce recuerdo de mis pa-

dres! tú derramas el bálsamo del consuelo en las heridas que han dejado en mi pecho las desgracias y los desengaños!

Los preceptos que el lábio paternal inculca en nuestras almas inocentes ¡cuánto bien nos legan despues en las tribulaciones del espíritu, y en los arrebatos de la desesperacion! La religion, como una luz que el Eterno nos envía, ilumina la senda por la que penetrar debemos en el oceano del mundo. ¡Bendito, mil veces, el anciano que en nuestros primeros años lanza una ojeada á nuestro porvenir, haciéndonos fuertes para combatir con el gigante de las pasiones! Y luego, cuando la fría mano del tiempo le lanza en el oscuro caos de la eternidad, ¡cuán precioso es el tesoro que al dejar la tierra nos conceden sus labios! Volvemos al cielo nuestra vista llenos de fé sublime, y allí contemplamos sus sonrisas y sus miradas trasportados de inefable ventura; ¡ay! nos abandona para siempre, pero aun le vemos en nuestras meditaciones, y siempre, siempre escuchamos su voz!

En vano el tiempo irá arrancando una á una nuestras ilusiones y deshojando la flor de la existencia, flor tal vez inodora y marchita á los rayos del sol antes de tiempo; su imagen y sus consejos están gravados en las almas de los buenos con caracteres indelebles.

Si la miseria empaña el cristal de nuestras ilusiones y el hombre y la fatiga conducen á nuestro seno la vil ponzoña del crimen, ¡ah! volvamos los ojos á nuestro padre y le veremos pálido, abatido, lanzarse en nuestros brazos y morir en ellos apurando la última gota amarga de la desgracia antes de ver en nuestras frentes el sello ignominioso del malvado. Acojámonos en el santuario de la religion, arda en nuestros pechos la antorcha sagrada de la fé, y la desesperacion no nos acercará al abismo insondable de los vicios; la resignacion endulzará nuestros pesares, y brillará un astro de paz en el ocaso de nuestra vida al, arribar al término de nuestro viaje en la tierra, iluminados por el sol de la verdad, que fecunda con sus rayos las adorables flores de la virtud!!

M. F. Trevejo.



LA REALIDAD EN SUEÑOS.

FANTASIA.



JOSEFINA está sentada en un mullido y cómodo sofá, reclinada voluptuosamente, y yo estoy á sus pies en una banqueta bordada por sus manos. Josefina es el ángel de mi amor y adoración y por la que suspiro tiernamente. Ella me ama y me repite diariamente que jamás será de otro que mía, y que

su dicha está cifrada en verse unida por toda la vida con su amado y querido Pablo. Yo la bendigo y de hinojos la adoro cuando sus labios me dicen tales frases. . . . ¡Oh! mucho quiero á mi Josefina!

Su traje se compone en esta noche de un túnico de raso blanco: su blanco y turgente pecho se agita suavemente con su respiración. Su cintura la rodea una banda azul celeste labrada, cuyas puntas caen hasta el suelo. El vestido se halla algo suspendido, descubriendo uno de sus pies pequeños y pulidos, calzado por un botín ajustado, color de perla, y el principio de su pierna, cubierta por una fina y suave media de seda que semeja la piel. Su cabeza es bellísima y graciosa, desprendiéndose de ella sus lustrosos enortijados rizos, que caen por su cara, resaltando sobre su blanco y delicado cutis.

Suenan en un reloj de sobremesa las ocho, y Josefina se pone en pie: es la hora de nuestro paseo por la laguna, que damos todas las noches en una ligera y bella barquilla cubierta á manera de góndola. Echo sobre los redondos hombros de Josefina su manteleta, y, tomándola del brazo, nos encaminamos á la orilla de la plateada y mansa laguna, reflejándose en ella el luminoso astro de la noche. Nuestra góndola nos espera amarrada á una argo-ya, meciéndose blandamente á impulsos de la suave brisa que agita la superficie del agua. En la proa se encuentra el barquero, reclinado sobre las tablas, y entonando, con melancólica voz, unos sentimentales versos.

Llamamos al cantor y entramos en la barquilla, penetrando en el pabellon forrado de color de rosa y entapizado de hermosas alfombras de Persia. Desatracamos, y la barca empieza á vogar por la poética y estensa laguna, apenas rizada por el céfiro.

Josefina y yo gozamos estasiados con el encanto de la noche tan pura y serena, tachonado su límpido y azulado cielo de abrigantadas estrellas.

Llegamos á la orilla opuesta y saltamos en tierra. ¡Qué bello espectáculo se nos presenta! Una ancha calle de árboles, enarenada, luciendo á ambos lados multitud de flores que embalsaman el ambiente con su perfume. De las ramas de los árboles penden un sin número de farolillos de colores, formando un bello golpe de vista entre las verdes hojas y las pintadas flores. En medio de la calle se divisa una graciosa fuente coronada de sílfides que arrojan el agua por sus labios. Infinidad de pececillos de varios colores se ven nadando en la nacarada taza de la fuente, brillando sus escamas á la luz de la luna. Al final de la calle, álzase un pabellon adornado de preciosas columnatas, formado el techo de una media naranja, teniendo sobre ella á Cupido en actitud de disparar el arco. Una puertecilla de caoba claveteada con clavos de oro, se abre dando entrada al pabellon, iluminado por una lámpara de cristal sostenida por cordones de seda punzó. El interior está elegantemente adornado por cortinas bordadas y lazos de

color, entapizado el pavimento lujosamente por ricas alfombras. Las paredes ostentan costosos cuadros de marcos dorados, representando expresivas escenas, amorosas y divertidos paisajes. Una mesita pequeña de mármol jaspeado se halla colocada en medio, con un *bouquet* colmado de olorosas flores, perfumadas de esencia y en la cual nos sirve la cena una doncella de rara y singular hermosura.

Cenamos bebiendo en copillas de cristal de roca y sirviéndonos en platos de oro, trabajados esquisitamente. Aquello se me figura un palacio encantado de las "Mil y una Noches."

¡Cuán bella encuentro á Josefina en medio de aquel esplendor y brillo! . . . ¡Con qué placer tomo sus manos pequeñas y sonrosadas y las aplico con ardoroso amor á mis labios! ¡Qué felicidad la mía! Josefina reclina su cabeza sobre mi hombro, y yo rodeo su alabastrino cuello con uno de mis brazos.

—Josefina, esclamo, me amas?

—Lo dudas, Pablo mio? Te amo con todo el fuego de mi pecho, con el amor mas ardiente y vivo y como quizás tú no me amas.

—Josefina ¡qué dices! ¡desconfías de mi amor! ¡dudas de mi cariño! Entonces me considero el mas infeliz de los mortales y prefiero morir.

—Oh! no, Pablo, estoy convencida demasiado de tu amor, y que me quieres con idolatría; tus ojos me lo dicen. Perdona, Pablo mio, lo que te dije en un momento de locura, sí, tú me amas, lo veo. Yo tambien te amo, con frenesí.

—Voy á ser el mas dichoso de los hombres y á tocar el término de la felicidad mas completa. Josefina será mía, é Himeneo coronará nuestras sienes.

De repente se oye una corneta que viene á herir nuestro tímpano y á resonar con lúgubre y fatídico sonido.

Josefina se huye de mis brazos, y se pone en pie, asustada y llena de sobresalto. Acto continuo se escuchá rugir con furia al viento que azota los árboles, y choca fuertemente contra las paredes del pabellon. Los pájaros nocturnos tienden el vuelo asustados y dando agudos chillidos. El agua, antes tan tranquila y mansa en la laguna, se eleva en furibundas y encrespadas montañas de espuma, que vienen á estrellarse cerca del pabellon; un relámpago brilla y penetra su luz por entre las rendijas de la puerta. Seguidamente retumba el trueno por el espacio, conmoviendo las vidrieras de la ventana, que caen al suelo en menudos pedazos. Por fuera se escuchan los mugidos del viento, semejando quejidos humanos, que llenan de terror á Josefina. Un nuevo relámpago brilla, y un rayo cae sobre el pabellon, destruyéndolos y arrojándolos á los dos por tierra. . . . Josefina ha desaparecido. . . . ya no la veo. . . . siento un grande ardor en los ojos y agudos dolores en todo el cuerpo. . . . quiero levantarme, y me es imposible. . . . un grito se escapa de mi pecho. . . . despierto asustado y convulso. . . . soñaba. . . . me arrojo del lecho prontamente. . . . vuelvo á la realidad, y todo lo comprendo. . . . He tenido un sueño, reflejo de lo que me sucedía por la mañana, y revestido con fantásticas ideas. . . .

Yo amaba á Josefina, é iba á ser feliz con ella. No la vil calumnia lanzó sobre mí su destructor y abrasante rayo, derribando el edificio de nuestra felicidad. Ella, mi Josefina, inocente y cándida, lo creyó abandonándome á mi desesperación y martirio, y desoyendo mis súplicas y lamentos. . . . Tomé la pluma, y escribí mi sueño para las bellas suscritoras de EL ALMENDARES.—F. Gelabert.

COSAS DEL GRAN MUNDO.



STAMOS ya en aventuras! me dijo Juan Bautista la primera vez que se encontró conmigo, después de su ofrecimiento, he dado un paso gigantesco, que creo me hará la persona mas notable entre todas las notabilísimas que me rodean por mas que haya sufrido.

—¿Cual? le pregunté, asombrado de la prontitud con que se distinguía.

—Figúrate tú, me dijo, (destapando un diminuto pomito que servía de puño al junquillo que llevaba en las manos, y acercándoselo á la nariz), que la señora aquella de quien te he hablado, se ha tomado un interés tan vivo por mí, y lo creí tan desinteresado como si fuera mi propia madre; visito ya su casa, y ahora días, con una sonrisa noble y propia de su elevado carácter me dijo:

—Amigo mio, me parece usted un poco tímido, y por lo tanto, encojido para el mundo en que acaba de entrar; esto le hace á usted mucho daño, pues hay quien crea que al respirar usted esa atmósfera la ha estrañado... y... como allí domina el pensamiento al corazon, y los ojos no buscan otra cosa que adivinar por los movimientos del individuo la buena ó mala posición en que se encuentra, no estrañe usted que yo me tome la libertad de darle un consejo sobre ciertas cosas, que el mejor talento olvida, y que solo se comprende su valor á fuerza de ver y oír con sumo cuidado.

—Y bien, ¿qué era?

—Era falta de orgullo, falta de dignidad, según me esplicó, pues había notado que yo me arrimaba á los grupos de segundo y tercer orden, cuando para formarse crédito se debe buscar el primero entre los primeros. No hay amores, me dijo, no hay una persona á quien dedicar vuestros obsequios, ¿qué haceis y á qué esperais? Usted debe engrandecerse, y el amor es hoy la senda que con mas facilidad proporciona cambiar de suerte, si al ardid agrega usted el lenguaje fascinador de que tanto gusta el corazon de la muger. Usted puede lograr un gran partido; pero con tiento, con mucho tiento, pues las apariencias engañan. Yo he reparado que sus ojos siguen los pasos de Adelina, que es

muy bella, muy elegante, pero está en la disposición que usted, es pobre... y se sacrifica su familia en presentarla llena de lujo porque haga un buen matrimonio. A M... no la diga usted nada, porque deben más que lo que tienen; en fin, vacante y aceptable solamente es Juanita, que ya usted conoce, caprichosilla, voluntariosa, coquetuela porque es muy niña, pero que puede hacer su felicidad; así, amiguito, pecho al agua y no dormirse, pues allí el que menos corre vuela; estando todos gastados, pues ya llevan muchos años de mundo, la ventaja está de vuestra parte. ¿Me entiende usted?

Yo no sabía qué responderle, compadre, porque, en efecto, la Adelita que me había nombrado, es una sílfide vaporosa, es una vision ideal, de esas que conciben los poetas, y por donde quiera que pasa en su brillante carruaje, todos los hombres dicen ¡Es ella! y se quedan pasmados con su hermosura. Yo la he seguido toda una noche, respirando el perfumado ambiente que deja en su camino, y la he amado en secreto, con una pasión verdaderamente volcánica. ¡Está arruinada su casa!, pero ella es el mas lindo clavel que arrullan las ondas del Almendares. Sin embargo, como ya soy hombre de mundo, me dediqué á Juanita, y apenas se penetraron mis compañeros de mis proyectos, empezaron las chanzonetas, que no me hacían muy buen estómago, y que causaban la risa de los demás, porque allí unos se rien de los otros de la manera mas fraternal.

—Querido mio! me dijo uno, el buen gusto se revela, por mas que se quiera ocultar, y vuestra eleccion os dá un buen nombre en materias de gusto....

—Muchas gracias, contesté, pues no me quedaba otro remedio, aun cuando yo hubiera deseado herirle como él me hería; pero todavía no he aprendido á manejar el agudo dardo del epigrama

—Con que estás enjuanado, me dijo otro... no hay recurso, Juan y Juanita... Y se sonreía de esa manera particular con que lo hacen los hombres del gran mundo. A mi protectora no se le escapaba que aquel grupito estaba conjurado por mi eleccion, y sus miradas me daban fuerzas para sufrir aquel estraño combate, sin saber que yo había de sufrir dos pesares á un tiempo, las risitas y chanzas de los

concurrentes, y el poco caso que hizo Juanita á mi declaracion.

—¡Poco caso! (le dije), pues qué, ¿te despreció? ¿se mostró insensible á tu ruego?

—Oye: al acercarme á Juanita para dar principio á mi proyecto, reparé que Adela me quedaba frente á frente, y, ó sease su vista, ó el natural temor que inspira á los novicios una declaracion de amor, ello es que á Juanita le hizo tanta gracia mi declaracion, que reía sin escrúpulo ni temor.

—Pues qué la dijistes?

—La dije tanto, que de tanto decirla, creo que no la dije nada.

—¡Cosa extraña!

—¡Estupenda! pero real y efectiva. Lo que te puedo decir, es que sin haber estudiado mitología, saqué á plaza á Venus y Marte, y creo que hasta á Vulcano, á sus fráguas y á sus Ciclopes.

—¡Sopla!

—Ya era un delirio aquella declaracion; pues el temor, el poco deseo, los ojos de Adela, las miradas de todos sobre mí, me fueron trastornando, y ensarté sesenta sandeces en una declaracion de amor; Juanita se reía sin que yo adivinara el por qué....

—Todo eso á mí! me decía, ¡Jesus, todo eso!

—Sí, ¡todo eso! ¿Y por qué lo extraña usted Juanita?

—Por Doña L.... me dijo acompañando esta espresion con una ruidosa carcajada.

—¿Por Doña L....? le dije yo, ¿y quién es Doña L....?

—¡Quién ha de ser, mi protectora!

—¿Y se figura usted, Juanita, que yo sea tan caprichoso que....

—Nada tiene de particular; es muy amable.... muy buena.

—¿Y si usted supiera que ella se interesa tanto en este asunto como yo mismo?

—Se lo ha dicho á usted? Já! já! já! ¡Cosa como ella!

—Sí! de qué se ríe usted? De qué se admira?

—Por que lo ha mandado á usted para que yo le dijese que acudiese á ella, por que debeis saber que está ¡enamorada! enamoradísima!

—¿Qué dice usted? le dije lleno de asombro.

—Y á qué viene esa sorpresa? ¿lo ignoraba usted ó por ventura?

—Lo ignoraba completamente.

—Pues usted es muy poco entendido, y me alegro si es así, haber sacado á mi respetable amiga de afanes, y habérselo comunicado á usted para que se humanice....

—¿Pero es posible, Juanita?

—¡Ser yo survival, caballero! Dios me libre, no sabe usted lo que es Doña L...., pobre de mí! Jesus, y cómo me pondría!....

—¡Pero si todo eso es un sueño! Si no es posible!....

—Pues hace mucho tiempo que está usted durmiendo, y observe usted las indagadoras miradas que nos lanza en este momento.... Hágame usted el favor, por Dios, de retirarse y no me busque usted enemistades por gusto y tan inútilmente.

—¡Pero, señorita, si ese amor es incomprendible, si yo no he dado lugar á nada.

—¡Caballero, ella lo ama á usted y hágame el favor de separarse de mi lado.

Considera de qué manera dejaría yo aquella silla cuando quedaba persuadido de que para el gran mundo ecsistían relaciones amorosas entre doña L. y yo; mi cara echaba fuego, y mi corazon palpitaba con una violencia infinita; crucé la sala sin fijar mis ojos en nadie, cuando la voz de Adela resonó en mis oídos diciéndome: ¡Caballero, que vuestra felicidad no nos prive á todos de tan buen amigo!....

—¡Señorita!.... le dije. Y no pude proseguir, porque un nudo de hierro estrangulaba mi garganta. Entonces se me acercaron mis amigos, y empezó de nuevo el tiroteo, que ya te he referido. La noticia de mi aventura empezó á correr por el salon, cada uno adornándola á su gusto, pero siempre quedando yo mas en ridículo. ¡Noche fatal! pues, cuando el rumor estaba en su mayor fuerza, á doña L. se le antojó un vaso de agua, que tuve que llevarle, aprovechando este momento para decirme: "No haga usted caso!" lo que acabó de exaltar mibilis, por lo que, dejando en su lugar el vaso, tomé mi sombrero, y saltando de cuatro en cuatro los escalones de la escalera, que encontraron mis ojos color de sangre, llamé á mi calesero, y con tal violencia me lancé al quitrin que salí por el otro lado, y fui á dar en un charco de agua y fango. ¡Estaba de fortuna! ¡Maldita sea mi suerte!, exclamé lleno de rabia, y volví á mi carruage, enlodado de piés á cabeza, y sin poder combinar una sola idea de todo lo ocurrido.

—¿Y has vuelto á casa de tu protectora?

—No, pero mañana iré, que espero dejar el campo de ese modo.

Con lo que se despidió de mí, y yo corrí á mi mesa, compadeciendo á Juan Bautista y riéndome de sus aventuras y de las Cosas del Gran Mundo.

RAFAEL OTERO.



LA MUGER.



A muger es el ser mas hermoso que existe en la tierra, la mas preciosa hechura de la mano Omnipotente, el sueño encantador del poeta, la ciencia escogida que presta mas provechosos estudios al filósofo. Su alma... tesoro inagotable de amor, sensibilidad, piedad, abnegacion y pureza. Es el claro espejo en que se reflejan las santificantes gracias que le concedió la predileccion de Dios. El hombre debe observarla, estudiarla, respetarla, para que sepa concederle en el trato social, ese lugar preferente que le corresponde, y esas sinceras adoraciones que se le deben.

Una rosa vista de lejos encanta á los ojos, si nos acercamos y nos detenemos á aspirar su perfume, se embriaga el corazon, y siente una misteriosa simpatia hácia ella. Una muger, mirada superficialmente nos agrada y seduce, mas si continuamente estudiamos su fondo, la adoramos y admiramos, al ir conociendo sus virtudes y sublimes cualidades. Las cosas hermosas producen los efectos mas fuertes analizadas intimamente. Los hombres superficiales miran á la muger, y la aman, por el lado de sus atractivos fisicos: los filósofos profundizan su alma y los gratos resultados que reciben, le hacen cobrar una idea alta y merecida de esta terrestre divinidad. Si todos así lo hicieran, no lloraria á cada rato la humanidad, las desastrosas tendencias de la seducción.

La muger que entra en el gran mundo, desconocedora de sus arterias y perfidias, con un alma crédula y sensible, que oye por la ocasion primera las atractivas palabras de un hombre que le suplica amor, con mentidas lágrimas en los ojos, no puede por mucho tiempo negarse á concederle el tesoro de sus afecciones, é inocente se entrega en sus brazos, confiada en esos juramentos y protestas de *fidelidad y matrimonio* que escucha envanecida interiormente.

El astuto libertino, que jamás ha sentido en su pecho la fé verdadera de la religion, hombre que cree que los únicos goces de la tierra son los festines, los deleites, que nunca ha estudiado á este sexo purísimo, que por lo tanto, desconoce las venturas que brindan las virtudes, seduce á la cándida doncella, y despues de logrados sus perversos fines, la deja aban-

donada entre lágrimas y pesares, robándole lo mejor que poseia, la prenda mas valiosa que la hace acreedora al respeto de la sociedad, su inocencia.

Fácil es seducir á la muger por su natural cándido y crédulo, con sofismas y palabras que hieran su esquisita sensibilidad; basta un mismo lenguaje aun con aquellas mas llenas de experiencia. Por esta razon, los hombres llevan indistintamente, y hasta tal extremo, sus viles y perversos fines. Mas ¿quiénes son? Una porcion, fatua y corrompida, aplaudida por otra igual. ¡Ecseccion sobre tales entes! ¡Tristes mugeres que, confiadas y amorosas, entregan el tesoro de sus afecciones al primero que les dijera una hipócrita palabra de cariño! Ellas, que amantes y solícitas alivian nuestras aflicciones, enjugan nuestras lágrimas y consuelan nuestros pesares, ¿son dignas de este premio?... ¿de ser engañadas y despues abandonadas á merced del escarnio del mundo, ó en un oscuro rincon, donde mueren de hambre y dolores con el inocente fruto de su abnegacion? Pero los hombres no piensan en estas fatales consecuencias, ni se detienen á juzgarlas, antes por el contrario, es un triunfo cada vez que en sus redes cuentan una nueva víctima, publicándola luego en cuantos parajes se hallan.

En vano clama la moral contra tan viles hechos, en vano el sagrado orador desde el púlpito y el filósofo con sus escritos, los denuestan y tachan, que son sordos. Son *positivistas*, y el *cálculo* que les reporte en la tierra mas ganancias, es el único móvil que manda en sus corazon, eligiendo por terreno, donde mas more la acrisolada virtud é inocencia!... ¿Seguirán propagándose estas máximas? Ganarán aun mas sectarios?... Difícil es contestarse negativamente por desgracia.

Siendo la inocencia y la virtud, las mejores prendas que elevan á la muger al apogeo de su merecida gloria, tambien requiere un maduro estudio para saberlas conservar y respetar. Debe amarse á un hombre, conocidos que sean sus principios y corazon. Entregarse á sus primeros deseos, sin conocer de lo segundo, por lo regular es esponerse á un engaño lamentable é irremisible. ¡Cuántos casos desastrosos no se llorarian en lo sucesivo á mas de los pasados!... Las costumbres son tambien causa, segun se hallen cimentadas, de los buenos ó malos resultados. La escesiva libertad ó la mucha sujecion, son los principales móviles que llevan á la perdicion á la muger. La

primera, por el descuido, la segunda, porque invita. El consejo y el ejemplo, son los protectores de la inocencia: mal puede sin ellos, conservarse sin naufragar, esta frágil nave, en el encrespado y borrascoso mar de la seducción.

Las diversiones y los varios placeres del mundo adormecen en el hombre los pensamientos de virtud, y mueren entre ellos, si una arraigada experiencia y filosofía no se les interpone, veladas con su augusta severidad.

No todas veces los desengaños y las vicisitudes de la vida, son suficientes á operar una metamorfosis moral en el corazón descarriado, ni tampoco escarmientos ajenos lo consiguen. Como actores, la impresión que les causa de momento los corrige, mas luego la olvidan.

Lleva la muger por contrario de su virtud en el mundo, su natural crédulo, débil y sensible. El hombre, como desconfiado, fuerte y duro, mantiene sobre ella su imperio, haciéndola obrar al influjo de sus palabras hácia donde quiera. Su educación recojida y sencilla, le impide proporcionarse una ilustración suficiente á esclarecer sus dudas, que le valiera, si no de un todo, al ménos, para dominar mas su credulidad. Pero hay quien lo considere como una impropiedad de su sexo, cortando así las alas á la luz natural de muchas, que gimen esclavas de estas preocupaciones y en un resignado desaliento. Sin ese conocimiento necesario ¿cómo podrá satisfactoriamente llenar los deberes de amiga, esposa ó madre, sin caer por su ignorancia en algun desliz? Y luego se alza el dedo anatematizador para apuntarla, al mas leve que cometa?.... Y luego el mismo que la dijo: *No le es propio se ilustre*, la acusa de ignorante!....

Vivimos, por mas que se diga, en una contrariedad y todavía no se encuentra el descan-

so asentado de la humana ciencia, y en vez de acerearnos como desinteresados y filantrópicos á cimentarlo, como positivistas y duro nos alejamos de la consecución. ¿Cómo detener este espíritu egoísta, ambicioso y comercial, que fatalmente ha escogido por terreno de sus operaciones, la muger y el matrimonio? ¿Cómo se ha dicho: *"el amor aparente sea nuestro escudo, nuestra lanza el cálculo?...."*

Las promesas, la honradez y los juramentos, se venden por cualquier precio, y la pobre verdad se halla oscurecida por las negras nubes de la mentira. Inútiles las palabras del orador y escritor, en vano que muestren la senda que el hombre debe seguir para su bien y felicidad, nada: no se mira y obedece mas que una ley: *positivismo!*

Ultimamente: siendo la muger, como hemos dicho, el ser mas hermoso de la tierra, y sus puros sentimientos la preciosa ciencia que debe el hombre honrado y puro estudiar filosóficamente, por este lado es por el que encontrará la verdadera dicha. Debe juzgarse sin herir su susceptibilidad, no en los bailes y festines, en el hogar doméstico y en el descuido de su paz de familia. Como buena hija, hermana y amiga, respetando siempre su inocencia, profundizándola, y si corresponde tal experimento satisfactoriamente, se encontrará al cabo la buena amante, la mejor esposa, y la mansión conyugal el soñado paraíso del poeta, la cuna de la dicha, el Eden de los eternos placeres, y ella, la idéntica hechura que el Criador nombró *muger*, para encanto de la tierra. Abandónense los cálculos positivistas y divinizaos á la vista del cielo, entronizando en el asiento que le compete á la obra mas portentosa de su ciencia inmaculada y suprema!

F. Pié y Faura.

A FELICIA.

Cuando el eco feliz de tu arpa de oro
Preludiando suavisimos cantares,
Resuena de mi Cuba en los palmares
Con acento dulcísimo y sonoro;

En mi ardiente delirio al cielo imploro,
Porque floreces en mis patrios lares,
Me permita ofrecerte de azahares
Una corona de inmortal tesoro.

Tu nombre amado, celestial FELICIA,
Derrama al pecho deliciosa esencia
Y le llenas de amor y de delicia,

Y las flores de tu alta inteligencia
Cuando vierten su aroma delicada
Dejan el alma de placer bañada.

CIDRONELA.

YO EN MI NATAL.

Nació mi aurora en el rosado Oriente,
Coronada de perlas y diamantes,
De amatistas, rubíes y brillantes,
Sobre un trono de oro refulgente.

Lluvia de perlas de su escelsa frente,
Vestía las campiñas de cambiantes,
Y con valiosas joyas deslumbrantes
Inundaba el espacio reluciente.

Músicas armoniosas á porfía,
Concepciones grandiosas de poeta,
Esencia de riquísima ambrosia.

Esto es para estraviarse la chaveta,
Tanto bullicio á mi preclaro día!
Y en mi bolsa ¡gran Dios! ni una peseta!

Agustin Mariscal.

FELICIA.

¿Quién no conoce á *Felicia* entre nosotros? ¿Quién no ha leído las delicadas obras literarias de la jóven autora del *Ramillete habanero*, que en la mañana de cada domingo perfuma con su fragancia el doble folletín de la *Gaceta de la Habana*? ¿Quién no se ocupa de la distinguida escritora, honor de nuestra ciudad, cuya aureola de gloria sería tan resplandeciente como la de la misma Avellaneda si, como aquella, tuviera mas vasto círculo para ostentar su talento; si su laboriosidad tuviera esperanzas de conseguir los premios que aquella ha alcanzado; si en vez de escribir, en fin, en el seno de una sociedad eminentemente mercantil, como es la nuestra, se hallase en Madrid ó en París, esos dos grandes centros de la ilustración, donde tan altas se han levantado la viuda de Sabater y la Baronesa Dudevant; esos dos campos donde florecen la gloria, las distinciones, el oro y los aplausos para los talentos distinguidos?

Felicia es entre nosotros un nombre tan popular como prosista elegante, correcta, sentida y moralizadora, como lo son los de Heredia y Milánés como poetas verdaderos, enérgicos y dulces á la vez, llenos de amor, de valentía, de suavidad, de verdadero encanto. *Felicia* es la escritora de corazón y de cabeza, fuerte, inteligente, reflexiva, antorcha que guía al bello sexo cubano por ese camino de flores y espinas de la literatura en que nuestras hermosas comienzan á dar los primeros pasos, y en que pronto harán rápidos progresos con tan dignísima guía.

La fecundidad literaria de *Felicia* es verdaderamente extraordinaria, atendiéndose á que tan solo toma la pluma en sus momentos de ocio, en los breves instantes que la dejan libres sus quehaceres domésticos, á que atiende principalmente, como toda señorita bien educada, como toda hija de familia, formada moralmente por una madre virtuosa y buena.

Felicia ha sido constante á la *Gaceta de la Habana*; en el folletín de ese periódico diario apareció y en el mismo se ha sostenido hasta hoy; en él, además del *Ramillete habanero* de los domingos, ha ido publicando, sucesivamente, las siguientes interesantes novelas:

WILHELMINA.

UNA ARIA DE BELLINI.

LEONCIO.

UN CASAMIENTO ORIGINAL.

MAURICIO.

UNA FALTA.

EL CASTILLO DE LA LOCA.

URSULA.

UNA HISTORIA BAJO LOS ARBOLES.

TERESA, HISTORIA QUE ACAECE TODOS LOS DIAS.

UNA DEUDA DE GRATITUD, comedia en un acto.

LOS DOS CASTILLOS.

UNA VENGANZA.

UNA HABANERA.

Todas estas obras de *Felicia* se han publicado formando tomos, pero hay además en la memoria de todos sus apasionados otro crecido número de novelitas cortas y lindísimas, que no se han impreso por separado, sino únicamente en los folletines de la *Gaceta*, que podrían formar un buen tomo, y cuya colección se apresurarían á adquirir sus admiradores.

Y no es esto solo: *Felicia* misma ha anunciado, hace pocos días, que muy pronto dará á luz una nueva obra, una novela histórica titulada *Perseverancia*, la que alcanzará, sin duda, el brillante éxito que las demás alcanzaron.

Tal es *Felicia*: la Habana, la Isla entera la conocen; si alguna celebridad hay justa entre nosotros, es, sin duda, la de esa señorita tan distinguida escritora en los mejores días de su juventud, la de ese tierno corazón de mujer y esa noble cabeza de hombre pensador y maduro, á quien cuantos algo valen en literatura entre nosotros han rendido siempre las mayores muestras de cariño y de respeto.

El retrato de *Felicia* apareciendo en esta entrega de *El Almendares* es circunstancia bastante por sí sola para llamar sobre esta publicación literaria la atención del público todo. La adquisición de ese apreciabilísimo retrato sabemos que ha sido bien costosa; empeños de todas clases, súplicas, ruegos insistentes, todo era en vano para conseguir de la modesta señorita la concesión que se deseaba, alegando que no creía verse adornada con mérito suficiente para que se diera su retrato al público, no queriendo acordarse, sin duda, de cómo ese público la considera, la admira y la ensalza.

Pero, al fin, preciso fué que la ilustre escritora cediese á tales compromisos; el retrato de *Felicia* enriquece ya las páginas de *El Almendares*, y los suscriptores de este pueden leer en esa ancha y noble frente, en la penetrante y á la vez dulce mirada de esos ojos grandes y hermosos, en la expresión general de esa fisonomía simpática, bella é inteligente, todo lo hermoso de la imaginación con que el Altísimo la ha dotado, y todo lo que *Felicia* ha sabido enriquecerla con el estudio.

El retrato de la ilustre autora del *Ramillete habanero* va acariciado por un cordón de bellas flores habaneras, en figura de medallón, deseando manifestar así á la que todos admiran que ni aun en retrato se la quiere separar un solo momento de sus hermanas las flores.

PASCUAL RIESGO.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

CUENTOS DE CARLOS PERRAULT.

(TRADUCIDOS DEL FRANCES.)

CUENTO PRIMERO.

LA CAPERUCHITA ENCARNADA.

Había en cierta ocasion en una aldea una niña lo mas bonito que se puede ver; su madre estaba loca por ella y su abuela aun mas. Esta buena muger la mandó hacer una caperuchita encarnada, que le caía tan bien, que por todas partes la llamaban la Caperuchita Encarnada.

Un día, que su madre hizo unas tortas, la dijo:

—Vé á ver cómo sigue tu abuela, pues me han dicho que estaba mala, y llévala una torta y este pucherito de manteca.

Caperuchita Encarnada, partió al punto á casa de su abuela, que vivía en otra aldea. Al pasar por un bosque encontró á un lobo, al que se le pasaron buenas ganas de comérsela, pero que no se atrevió á causa de algunos leñadores que había en la selva: la preguntó dónde iba, y la pobre niña, que no sabía lo peligroso que era el detenerse á escuchar á un lobo, le dijo: "Voy á ver á mi abuela, y á llevarla una torta con un puchero de manteca que mi madre le envía."

—¿Vive muy lejos? le dijo el lobo.

—Oh! sí, le contestó Caperuchita Encarnada, es pasado aquel pequeño molino que vé usted allá abajo, en la primera casa del lugar.

—¡Bien! dijo el lobo, yo tambien quiero ir á verla: yo iré por este camino y tú por aquel, y veremos quien llega antes.

El lobo echó á correr con todas sus fuerzas por el camino mas corto, y la niña se fué por el mas largo, divirtiéndose en coger avellanas, en correr tras de las mariposas y en hacer ramilletes con las florecillas que encontraba.

Apenas llegó el lobo á casa de la abuela, llamó: Tan, tan.

—¿Quién es?

—Soy vuestra hija la Caperuchita Encarnada, contestó el lobo remedando su voz, que le traigo á usted una torta y un pucherito de manteca de parte de mi madre.

La buena de la abuela, que estaba en cama á causa de hallarse algo indispueta, le dijo: Tira del pestillo y caerá la aldavilla.

El lobo tiró del pestillo, y la puerta se abrió. Se arrojó sobre la pobre muger y la devoró en un momento, pues hacía mas de tres dias que no había comido: en seguida cerró la puerta y fué á acostarse en la cama de la abuela, aguardando á Caperuchita Encarnada, que poco tiempo despues viene á llamar á la puerta: Tan, tan.

—¿Quién es?

Caperuchita Encarnada que oyó la voz ronca del lobo, tuvo miedo al principio, pero creyendo que su abuela estaría constipada, respondió:

—Soy su hija Caperuchita Encarnada, que traigo á usted una torta y un pucherito de manteca de parte de mi madre.

El lobo la dijo, dulcificando un poco la voz.

—Tira del pestillo y caerá la aldavilla.

Caperuchita Encarnada, tiró del pestillo y la puerta se abrió. El lobo, al verla entrar, la dijo, ocultándose en la cama bajo de la manta:

—Pon la torta y el pucherito de manteca encima del arca y ven á acostarte conmigo.

Caperuchita Encarnada se desnudó y fué á meterse en la cama, y asombrándose de ver á su abuela desnuda, la dijo:

—Abuelita, qué brazos tan grandes tiene usted!

—Es para abrazarte mejor, hija mia.

—Abuelita, ¡qué piernas tan grandes tiene usted!

—Es para correr mas, hija mia.

—Abuelita, ¡qué orejas tan grandes tiene usted!

—Es para escuchar mejor, hija mia.

—Abuelita, ¡qué ojos tan grandes tiene usted!

—Es para ver mejor, hija mia.

—Abuelita, ¡qué dientes tan grandes tiene usted!

—Es para comerte, y al decir esto, el malvado lobo se arrojó sobre Caperuchita Encarnada y se la comió.

MORALEJA.

Mirad como los niños, y en especial la niñas, aun mas cuando son ellas graciosas y bonitas, obran muy mal si escuchan, incautas y sencillas, palabras embusteras de cierta gentecita. Sin mas que por acaso se puso ante su vista, y que así no es extraño que tantas pobreallas del lobo entre las garras perdido hayan la vida. Dije lobo por lobos, que en tal casta maldita

no todos son iguales ni de la suerte misma. De condicion astuta los hay tal que á la vista parece que sin saña viven y sin mancilla; y mansos y sinceros se van tras de las niñas por calles y plazuelas y hasta á las casas mismas. Guardaos de tales lobos, guardaos, sí, queridas; cuanto mas las oculten temed mas de sus iras; que aquellos son mas crueles que mas os acarien.

CUENTO SEGUNDO.

MAESE GATO O EL GATO CON BOTAS.

Un millonario no dejó mas bienes á tres hijos que tenía que un molino, un asno y un gato. Al instante se hicieron las particiones, sin llamar al escribano ni al procurador, pues bien pronto se hubieran comido el pobre patrimonio. Al mayor le tocó el molino, al segundo el asno, y al mas pequeño no le tocó mas que el gato. Este último no podía consolarse de tener un lote tan pobre.

—Mis hermanos, decía él, podrán ganarse la vida honradamente reuniéndose; pero cuando yo me haya comido el gato, y haya hecho un manguito de su piel, me moriré de hambre.

El gato, que estaba oyendo este discurso, pero sin darse por entendido, le dijo con aire sério y sosegado:

—No os aflijais, amo mio; no teneis mas que dar-

me un saco y mandarme á hacer un par de botas para ir á las malezas, y vereis como no os ha tocado tan mala parte como creéis.

Aunque el amo del gato no se fiase mucho de esto, le había visto hacer tantas habilidades para coger ratas y ratones, ya colgándose por los piés, ya ocultándose en la harina para hacerse el muerto, que no desesperó de ser socorrido en su miseria. Cuando el gato tuvo lo que había pedido, se puso las botas, y poniéndose el saco al cuello, cogió los cordones con las manos y se fué á un soto donde había gran número de cajones. Metió salvado y serrajas en el saco, y echándose como si estuviese muerto, aguardó que algun gazapillo, poco instruido aun de los artificios del mundo, viniese á meterse en su saco para comer lo que había puesto en él. Apenas se echó, cuando se puso muy contento: un gazapillo aturdido entró en su saco; y maese gato, tirando al punto de los cordones, le cogió y le mató sin misericordia. Muy contento con la presa, fué á palacio, y pidió hablar al Rey. Se le hizo subir á la habitación de S. M., y al entrar, hizo una gran reverencia al Rey, y le dijo:

—Aquí traigo, señor, un conejo de campo que el señor Marqués de Carabas (este era el nombre que se le había antojado poner á su amo) me ha encargado de presentaros de su parte.

—Dí á tu amo, respondió el Rey, que se lo agradezco y que me alegro mucho.

Otra vez fué á ocultarse á un trigo, teniendo siempre el saco abierto, y cuando hubieron entrado dos perdices, tiró de los cordones y las cogió. Fué en seguida á presentarlas al Rey como había hecho con el conejo de campo. El Rey recibió también con gusto las dos perdices y le mandó dar para beber. Así continuó el gato durante dos ó tres meses, llevando al Rey de cuando en cuando alguna pieza de la caza de su amo.

Un día, que supo que el Rey debía ir á paseo á la orilla del río con su hija, la Princesa mas linda del mundo, dijo á su amo:

—Si quereis seguir mi consejo, teneis hecha vuestra fortuna: no teneis mas que bañaros en el río en el paraje que os indicaré y luego dejarme obrar.

El Marqués de Carabas hizo lo que le aconsejó su gato, sin saber de que serviría esto.

Mientras se estaba bañando, fué á pasar el Rey, y el gato se puso á gritar con toda su fuerza:—Socorro! ¡Socorro! que se ahoga el señor Marqués de Carabas!

A estos gritos, sacó el Rey la cabeza por la portezuela, y reconociendo al gato que tantas veces le había llevado caza, mandó á sus guardias que fuesen pronto á socorrer al Marqués de Carabas. Mientras que sacaban al pobre Marqués del agua, se acercó el gato al coche y dijo al Rey, que mientras su amo se bañaba, habían venido unos ladrones y se habían llevado sus vestidos, aunque se puso á gritar al ladron con todas sus fuerzas, el tunante los había escondido bajo una gran piedra. El Rey mandó al momento á los oficiales de su guarda-ropa que fuesen á buscar uno de sus mejores vestidos para el señor Marqués de Carabas. El Rey le hizo mil agasajos: y como el magnífico traje que acababan de darle, realzaba su figura, (pues era muy buen mozo), la hija del Rey le halló muy á su gusto; y apenas la dirigió el Marqués dos ó tres miradas muy respetuosas y algo tiernas, se enamoró locamente de él. El Rey le hizo subir en su coche mismo. El gato, muy gozoso de ver que empezaba á conseguir su intento, tomó la delantera, y habiendo encontrado á unos aldeanos en un prado, les dijo:

—Buenos hombres que segais, si no decís al Rey que el prado que segais, pertenece al señor Marqués

de Carabas, os pico á todos como carne de pastel.

El Rey no dejó de preguntar á los segadores de quién era el prado que segaban.—Es del señor Marqués de Carabas, dijeron todos, pues la amenaza del gato les había intimidado.

—Teneis una hacienda buena, dijo el Rey al Marqués de Carabas.

—Ya veis, señor, respondió el Marqués, es un prado que no deja de producir abundantemente todos los años.

Maese gato, que iba siempre delante, encontró á otros segadores, y les dijo:

—Buenos hombres que segais, si no decís al Rey que todos los trigos que segais pertenecen al señor Marqués de Carabas, os pico á todos como carne de pastel.

El Rey, que pasó un momento despues, quiso saber de quién eran todos los trigos que veía.

—Son del señor Marqués de Carabas, respondieron los segadores, y el Rey felicitó también al Marqués.

El gato, que iba delante del coche, decía siempre lo mismo á todos los que encontraba, y el Rey estaba asombrado de los cuantiosos bienes del Marqués de Carabas.

Maese gato llegó, en fin, á un hermoso castillo, cuyo dueño era un ogro, el mas rico que se había visto, pues todas las tierras por donde había pasado el Rey eran dependientes de este castillo. El gato tuvo cuidado de informarse de quién era este ogro y lo que sabía hacer, y pidió hablarle, diciéndole que no había querido pasar tan cerca de su castillo sin tener el honor de saludarle. El ogro le recibió tan políticamente, como puede hacerlo un ogro, y le mandó descansar.

—Me han asegurado, dijo el gato, que teníais, el don de transformaros en toda clase de animales; que podíais por ejemplo, transformaros en león ó en elefante.

—Es verdad, respondió el ogro bruscamente, y para probároslo, vais á verme transformado en león.

El gato se asustó tanto de ver á un león ante sí, que al momento se fué al tejado, no sin trabajo y peligro, á causa de las botas, que no servían para andar por sobre las tejas. Poco tiempo despues, habiendo visto el gato que el ogro había tomado su primera forma, bajó, y confesó que había tenido mucho miedo.

—Me han asegurado también, dijo el gato, pero no puedo creerlo, que teníais también la facultad de tomar la forma de los animales mas pequeños; por ejemplo de transformaros en una rata, ó un raton; pero os confieso que todo esto lo tengo por imposible.

—¡Imposible! repuso el ogro, vais á verlo; y al mismo tiempo se transformó en un raton y se puso á correr por el suelo.

Apenas le vió el gato, se echó encima y se lo comió.

El Rey, que vió al pasar el magnífico castillo del ogro, quiso entrar.

El gato, que oyó el ruido del coche que pasaba el puente levadizo, corrió delante del Rey, y le dijo:

—Sea bien venida V. M. al castillo del señor Marqués de Carabas!

—¿Cómo, señor marqués, dijo el Rey, es también vuestro este castillo? No hay nada mejor que este parque y que todos estos edificios que le rodean; veamos el interior, si gustais.

El marqués dió la mano á la jóven Princesa, y siguiendo al rey que subía el primero, entraron en una gran sala, donde encontraron un magnífico refresco que el ogro había hecho preparar para sus amigos que debían venir aquel mismo día, pero que

no se habían atrevido á entrar sabiendo que estaba allí el Rey. Encantado este de las buenas cualidades del señor marqués de Carabas, lo mismo que su hija, que estaba loca por él, y viendo los cuantiosos bienes que poseía, le dijo, despues de beber cinco ó seis tragos:

—En vos consiste, señor marqués, que no seais mi yerno.

El marqués, haciendo grandes cumplimientos, aceptó el honor que le hacía el rey, y aquel mismo día se casó con la Princesa.

El gato se hizo un gran señor, no corriendo ya trás de los ratones mas que para divertirse.

MORALEJA.

Por cierto es gran cosa
poder heredar
de padres á hijos
un rico caudal;
mas para mí tengo
que para medrar
la maña y la industria
valdrán algo mas.

OTRA MORALEJA.

Si el hijo de un molinero
tan alto pudo aspirar
y un corazon encontrar
en régio pecho altanero;
si en su mirar hechicero
la princesa pidió amor
á su feliz amador,
es la prueba mas segura
que el trage y buena figura
son siempre el medio mejor.

CUENTO TERCERO.

LAS HADAS.

Esta era una viuda que tenía dos hijas, la mayor se la parecía tanto en genio y en figura, que el que la veía creía ver á la madre; ambas eran tan desagradables y orgullosas, que no se podía tratar con ellas. La pequeña, que era el vivo retrato de su padre por su dulzura y honradez, era ademas una de las muchachas mas lindas que se había visto. Como naturalmente ama uno á su semejante, esta madre estaba loca por la hija mayor y al mismo tiempo tenía una grande aversion á su hija menor, haciéndola comer en la cocina y trabajar sin cesar.

Entre otras cosas tenía que ir esta pobre muchacha dos veces al día por agua á media legua larga del lugar y traer un gran cántaro lleno. Un día que fué á esta fuente vino á pedirle de beber una pobre muger.

—Sí, buena muger, dijo la muchacha.

Y enjugando al punto su cántaro, cogió agua en el mejor sitio de la fuente y se la presentó, sosteniendo siempre el cántaro para que pudiese beber mas cómodamente.

Despues de haber bebido la pobre muger, la dijo:

—Sois tan bella, tan buena y tan amable, que no puedo menos de haceros un don (pues era una hada que había tomado la forma de una pobre aldeana para ver hasta dónde llegaba la bondad de aquella jóven). Os doy por don, prosiguió el hada, que á cada palabra que digais os salga de la boca ó una flor ó una piedra preciosa.

Cuando la muchacha llegó á su casa, su madre la regañó por haber venido tan tarde de la fuente.

—Perdóneme usted, madre mia, dijo esta pobre niña, por haber tardado tanto; y al decir esto le sa-

lieron de la boca dos rosas, dos perlas y dos diamantes.

—¿Qué veo? dijo su madre asombrada. ¿Creo que le sale de la boca perlas y diamantes! ¿Cómo es eso, hija mia? (Fué la primera vez que la llamó su hija).

La pobre niña le contó sencillamente todo lo que la había pasado, no sin echar una infinidad de diamantes.

—Verdaderamente, dijo la madre, es merestel que envíe á mi hija. Mira, Paquita, mira lo que sale de la boca de tu hermana cuando habla, bien podáis tener el mismo don! No tienes mas que ir por agua á la fuente, y cuando una pobre muger te pida de beber, dársela con agrado.

—¿Estaría bueno, respondió la bruta, que fuese yo á la fuente!

—Quiero que vayas, repuso la madre, y al momento.

Fué allá, pero siempre gruñendo. Cogió el jarron mas chico de plata que había en la casa, y apenas hubo llegado á la fuente, cuando vió salir del bosque una señora magníficamente vestida que la pidió de beber: era la misma hada que había tomado la forma y el traje de la primera, para ver hasta dónde llegaba la descortesía de esta muchacha.

—¿He venido aquí, dijo esta bruta orgullosa, para daros de beber? Justamente he traído mi jarron de plata espresamente para daros de beber y podeis hacerlo hasta que os harteis.

—¿Sois muy poco atenta, dijo la hada sin encolerizarse. ¿Bien! pues que tan poco complaciente sois, os doy por don que á cada palabra que digais os salga de la boca un sapo ó una culebra.

En cuanto su madre la vió, la dijo.

—¿Y qué! hija mia.

—¿Y qué! madre mia, respondió la bruta, echando dos culebras y dos sapos.

—¿Cielos! gritó la madre, ¿qué veo? Su hermana tiene la culpa, ya me las pagarás; y diciendo esto fué á pegarla, pero la pobre niña se escapó y fué á salvarse en la selva inmediata.

El hijo del Rey, que volvía de caza, la encontró, y viéndola tan bella, la preguntó lo que hacía allí sola, y por qué lloraba.

—¡Ay! señor, mi madre me ha echado de casa.

El hijo del Rey, que vió salir de su boca cinco ó seis perlas y otros tantos diamantes, la pidió que le dijese cómo era aquello. Le contó su aventura. El hijo del Rey se enamoró de ella, y considerando que semejante don valía mas que todo lo que pudiesen dar en dote á otra, la llevó al palacio del Rey su padre, donde se casó con ella.

En cuanto á su hermana, se hizo tan aborrecible, que su misma madre la echó de casa, y la desgraciada, despues de haber andado corriendo, sin hallar nadie que quisiera recibirla, fué á morir á un rincón de un bosque.

MORALEJA.

Dicen que dádivas quebrantan penas.

Bien puede ser;

pero hay palabras tan halagüeñas,
que acaso tengan mayor poder.

OTRA MORALEJA.

Trabajos y afanes
nos suele costar
ser hombre de bien;
mas tarde ó temprano
se llega á alcanzar
un premio tambien.

LOS JARDINES ENTRE NOSOTROS, Y LOS JARDINES ENTRE LOS ANTIGUOS.



EN diferentes ocasiones hemos oído hacer los elogios mas entusiastas de nuestros cafetales, y de nuestros ingenios, y hemos visto quedar estasiados en la Artemisa á muchos viajeros notables, tanto propios como extraños, repitiendo sin cesar que tal ó cual café tal era una verdadera maravilla, y que nuestros jardines de Cuba, bien en un punto, bien en otro, podían competir con los mejores de Italia, con los mas deliciosos del mundo.

Así será, y no disputaremos sobre esto, ya por no haber nosotros salido jamás de nuestra Cuba, ya porque tal opinion nos halaga en nuestro amor propio de cubanos, pero supuesto que todos sabemos lo que son los jardines en nuestra tierra, cómo se ostentan entre nosotros, consagraremos algunos instantes al rapidísimo exámen de ver lo que eran los jardines entre los antiguos, para que conozcamos toda la pequeñez de nuestros tiempos, de nuestros esfuerzos, y de nuestras aspiraciones.

Antes de la aparición de la doctrina de Jesucristo, el mundo era mas sensual. Los hombres todos daban mayor importancia á la materia, y la carne dominaba al espíritu. Mas vigorosas las razas, la espontaneidad era mayor tambien; y ayudado el artista por el omnimodo poder de los conquistadores y de los tiranos, levantó obras que admiran las presentes generaciones como verdaderos milagros.

En medio de nuestra actual civilización, apenas se comprende el cómo se construyeron las Pirámides, el lago Moeris, las pagodas de la India, los templos de Pelásgicos, los palacios de Palmira, y aun despues las vías y los acueductos romanos, los templos mejicanos, los monumentos druidicos. Cuando se recorren las páginas de la historia, ¡qué pequeño aparece todo el lujo de nuestras modernas fiestas, todo el boato de nuestros ricos muebles, nuestros trages, nuestras casas y nuestros banquetes al lado de los pueblos antiguos!

Igual sucede con los jardines, esas mansiones que respiran salubridad y voluptuoso re-

gocijó; esas campiñas, esos valles que improvisamos á las puertas de nuestros patios, al pié de nuestras ventanas, para que se recreen nuestra vista con su esmerado desorden y nos encanten con sus perfumes, eran en el antiguo mas grandiosos que á la presente.

Vegas, montañas, tajos, rios, cascadas, lagos, piscinas, subterráneos y pensiles, bosques impenetrables, grutas donde habitaban fieras, palacios, pueblos de estatuas, canteras, minas, caminos, plantas de todos los confines del mundo se encontraban en muchos de ellos.

Los jardines mas famosos de que habla la historia son los de Semíramis, en Babilonia y la Media. Los primeros estaban divididos en cuatro plataformas á diferentes alturas. Tenían 400 pies de ancho y de largo, 1,000 de circunferencia. Arroyos sacados del Eufrates lo regaban. Casi 1,600 años despues de esto, Alejandro, al entrar en Babilonia, admiró la solidez de su construcción y lo grueso de los árboles que sobre las plataformas crecían.

El emperador de la China, Kie, quiso imitarlos, con una estension y un lujo inauditos. Para ofrecer un espectáculo nuevo á Meibi, su favorita, hizo construir en estos jardines un estanque que se llenaba de vino. Sus orillas estaban cubiertas de montañas de comestibles.

Tres mil hombres disfrazados de animales bebían en el lago y se comían las montañas, mientras que el emperador y Meibi atravesaban las olas en una góndola magnífica al sonido estrepitoso de los tambores. Estas prodigalidades arruinaron el imperio, y fueron causa de la pérdida del monarca y su dinastía, 1767 años antes de la era cristiana.

El rey Adónis construyó tambien magníficos jardines en la isla de Chipre. En sus ruinas, segun Estrabon, se hallaron receptáculos de diferentes materias, que prueban que desde entonces se colocaban los vegetales delicados al abrigo de la inclemencia atmosférica.

Salomon, rey de los judíos, con su genio privilegiado, añadió nuevos encantos á los jardines. Las delicias que experimentaba en ellos se aumentaba con el espectáculo de la felicidad de su pueblo. Judá é Israel disfrutaban de paz durante su largo reinado bajo la parra y la higuera.

Uno de los magníficos jardines que ha conocido el mundo, fué el que hizo el empera-

ella, de modo que todo hace creer que este año será animadísima con extremo, especialmente en Guanabacoa, donde los bandos galleros serán mas bulliciosos que nunca, habiendo anu Emperatriz del bando punzó y otra Emperatriz del bando amarillo, cuyas elecciones una no están hechas, y no se sabe en quienes recaerán. Para vosotras, Guanabacoa, tendrá amores, risas y danzas, con que preciso será confiar en que vamos á tener un verano muy divertido.

En el ramo de diversiones, tambieu deben contarse las noches de fuegos artificiales en el Campo de Marte, dadas por los señores Catoir, y que tanto han llamado la atencion de nuestro público en general, y en particular la de muchas de vosotras, queridísimas habaneras. Los fuegos han sido caprichosos y raros; la primera noche quedaron perfectamente bien; la segunda muy mal: la tercera regular, de modo que Mr. Catoir no ha obtenido verdaderamente en la Habana el éxito que se esperaba de su habilidad.

Ahora, dedicando un solo momento al movimiento mercantil que se nota en la Habana, llamaré vuestra atencion sobre ese extraordinario lujo que se advierte en los establecimientos tanto en el interior como en el exterior, grandes bazares de la moda que así se llaman *El Palo Gordo* como la *Isla de Cuba*, *La Gran señora*, como *La Primavera*, la platería de Misa como los *Precios Fijos*, la *Platería de San Agustín*, como *El buen tono habanero*, como *El brazo fuerte*, como *La Oriental*.

Entre todos los establecimientos abiertos ó reformados últimamente, puede citarse como uno de los mas encantadores el de quincalla, juguetes y caprichos nombrado *El gallo*, situado en la calle de la Muralla, número 86½, entre las calles de la Habana y Compostela. Nada mas lindo, mas nuevo y mas lujoso que

su frente, así como nada mas delicado que su



interior, tan caprichoso como rico y sencillo, según lo confiesan cuantos lo ven y cuantos advierten con verdadera satisfacción los progresos de la Habana mercantil, que revelan indirectamente los de los otros ramos de civilización, industria y cultura públicas.

Hora es ya de concluir, lindísimas adoradas mías, mas no será sin deciros que pronto tendreis en el Liceo la famosa ópera *Norma*, desempeñada por las apreciabilísimas *Anita* y *Panchita*, y no será tampoco sin llamar vuestra atencion sobre los dos bonitos geroglíficos que hoy os ofrece vuestro ALMENDARES, uno correspondiente á la presente entrega, y otro á la entrega anterior, que bien sabeis fué sin él, no por la voluntad de esta empresa, sino por la actividad del señor gravador.

Ahora, *addio carísimas*, hasta la entrega próxima, que os prometo será amenísima en extremo. *Addio*.

GEROGLIFICO.



GEROGLIFICO.



IMPRENTA DE ANTONIO MARÍA DAVILA.

EL ALMENDARES.



Lito. de T. V. Guesta. O'Reilly n.º 8.

JUGAR CON FUEGO.

(Escena final del 2º acto. La duquesa de Medina (Srta. Mur)/La Condesa (S.^{ra} Arroyo)/Felix (S.^r Gasque)/El Marques de Caravaca (S.^r Ruiz)/El duque de Albuquerque (S.^r Jimenez.)

Ayuntamiento de Madrid